El Capitán Adobo: El fin de los sevillanos

Rafael Flores

El Capitán Adobo: El fin de los sevillanos

Rafael Flores

SAMARCANDA

El Capitán Adobo: El fin de los sevillanos

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del Copyright.

Derechos reservados © 2018, respecto a la primera edición en español, por:

© Rafael Flores
© Editorial Samarcanda

ISBN: 9788417672065
ISBN e-book: 9788417672577

Producción editorial: Lantia Publishing S.L.
Plaza de la Magdalena, 9, 3 (41001-Sevilla)
www.lantia.com
IMPRESO EN ESPAÑA – PRINTED IN SPAIN

Para Tete,
por estar a mi lado
durante el comienzo de este sueño.

1

Base central de Los Ventiladores, Nueva York.

La corbata de Tomy Smarck estaba arrugada, producto de la intensa noche que había pasado. Un teléfono móvil sonó, pero nadie contestó. El líder de «Los Ventiladores» ni siquiera se inmutó. El sonido de unos tacones irrumpió en la sala y, esta vez, sí levantó la mirada.

—Señor Smarck, ¿desea otro café? —preguntó servicial una mujer uniformada.

—No, gracias, que se me va a poner cara de Geroge Clooney con tantos cafés esta noche.

Si deplorable había sido el chiste, más aún había sido la risa forzada de la secretaria.

—Se acabó. —Smarck negaba con la cabeza—. El grupo de superhéroes «Los Ventiladores» va a llegar a su fin. Son muchos años protegiendo Estados Unidos con prestigio y honor, pero esta misión nos queda grande.

—Tranquilo, señor Smarck —trataba de consolar la secretaria—. Seguro que hay otra forma de conseguirlo.

—¡Imposible! El Capitán Adobo ha rechazado nuestra propuesta de unirse al grupo, y sin él es imposible.

El móvil volvió a sonar. Esta vez descolgó.

—S... Sí —contestó balbuceante Smarck.

—Smarck, sabe de sobra que no puede obviar una llamada mía, por el bien de su supervivencia.

La voz al otro lado del teléfono era misteriosa. Smarck hizo un gesto a la secretaria para que le dejara a solas.

—Lo siento, me ha pillado en pleno apretón nocturno y me he dejado el móvil en la mesa.

—Señor Smarck, no mienta —contestó la voz con supremacía—. ¡Nadie va al baño sin el móvil! Ya se ha perdido eso de leer la etiqueta del champú.

—Disculpe, es que tengo un Casio con lucecita que entretiene que da gusto y...

—¡Basta! —el altavoz del móvil colapsó por un segundo el sonido debido al imponente grito—. Tiene clara su misión, ¿verdad?

—Sí, pero...

—¡No hay peros que valgan! Ejecute ahora el plan B.

Acto seguido, se cortó la conexión del teléfono móvil. Smarck tragó saliva, se sentó en su despacho y pulsó el intercomunicador para hablar con su secretaria.

—Prepare inmediatamente el jet privado de Los Ventiladores con destino al aeropuerto de San Pablo.

—¿A San Pablo? —contestó la secretaria a través del pequeño altavoz del intercomunicador—. ¿California?

—No. —Smarck se levantó del escritorio—. Los Ventiladores irán a Sevilla.

2

La Alameda de Hércules estaba muy concurrida. Pese al calor propio del verano sevillano, las terrazas de los bares se encontraban repletas de jóvenes saboreando cerveza belga y pizza, muy lejos de los tradicionales chicharrones y cervezas Cruzcampo de otros lugares de la ciudad. La noche acababa de comenzar. En los bancos ajenos a los bares se reunían corros de chicos y chicas con aspecto desaliñado.

—¡Eh! —gritó uno de los chavales a un hombre delgado que pasaba lentamente con la bici—. ¡Lo de siempre!

El hombre se descolgó una mochila que llevaba a su espalda y sacó de su interior una litrona.

—Tienes suerte, era la última —le dijo extendiendo la cerveza y poniendo la mano para recibir una moneda de dos euros.

—¿Suerte? —preguntó el chaval mientras escupía el primer trago—. Si esto está más caliente que la barra de un kebab.

—A ver, que la mochila es buena, pero no te creas tú ahora que es una cápsula de aislamiento nuclear... ¡Con el calor que hace durante el día hay que dar gracias de que no se haya evaporado! —El hombre volvía a montarse en la bici, pero fue interrumpido por el comprador.

—Tú no sabes con quién te estás metiendo, ¿no? —chuleó cogiendo al enclenque hombre del brazo—. Que yo de chico iba con el Pikachu de Palmete a robar lotes a los pijos.

El hombre comenzó a sentir miedo mientras alrededor se hacía un corrillo de chavales jaleando, sin siquiera saber qué ocurría.

—Te recomiendo que no te metas en una pelea conmigo —dijo tratando de mostrar falsa valentía—. Que a mí nunca me han dado miedo las peleas. ¡Con decirte que una vez a mi equipo del IMD le pitaron un penalti contra el Torreblanca y lo tiré yo...!

El gentío soltó un murmullo denotando sorpresa ante la hazaña del vendedor de cerveza.

—¡Eso no es nada! —contraatacó el joven—. Para valiente yo, que paso por delante del hombre que se pone con tres cabezas a dar sustos en la Avenida de la Constitución.

El diálogo se convirtió en un intento de demostrar quién era más valiente, obviando completamente la causa real de la discusión. Sin embargo, hubo un momento en el que el chaval se quedó sin más recursos dialécticos y recordó que tenía una litrona en la mano. Sin pensarlo dos veces, la lanzó sobre la cabeza del vendedor que, con un ágil movimiento, esquivó la botella. Esta acabó reventada contra una de las paredes del quiosco Los Leones, uno de los lugares de tapeo más frecuentados de la Alameda, que dejó una gran mancha goteando cerveza. El corro de alrededor enmudeció cuando comprobaron que la discusión iba a mayores. Algunos decidieron marcharse.

—Lo siento, no tengo tiempo para esto —dijo el vendedor cogiendo su bici del suelo dispuesto a montarse.

El chaval, enajenado, corrió hacia él, pero el sonido de dos disparos le hizo retroceder. Venían del interior del quiosco. Todo el mundo comenzó a correr y gritar. El corro se había dispersado totalmente, como toda la Alameda. Sin embargo, algo no iba bien dentro de Los Leones. Frente a la barra del quiosco, una persona

con el rostro cubierto por un pañuelo y un sombrero portaba una escopeta. En el techo del establecimiento había dos balas incrustadas.

—No voy a darte más oportunidades —dijo el misterioso individuo apuntando a uno de los camareros—. Sé que lo guardáis aquí.

—No sé de qué me hablas —balbuceó el camarero con las manos en alto—. ¿La avellana de quién?

—¡La última avellana de Vicente el del canasto! —gritó enfurecido el asaltante.

—Nosotros solo tenemos las avellanas de Galladi —lloriqueó señalando el típico cartón con paquetes de frutos secos enganchados.

La expresión de terror del camarero denotaba que realmente no tenía ni idea de lo que le estaba pidiendo. Tras una discusión en la que el hombre armado avanzó hasta ponerle el cañón de la escopeta en la frente, del almacén salió una anciana. Era la cocinera y dueña del quiosco.

—Tranquilo —dijo con tranquilidad avanzando hacia el atracador—. Aquí la tienes.

La anciana extendió un diminuto cofre de madera y se lo puso en la mano. Sin dejar de apuntar, el hombre abrió la cajita para comprobar la veracidad del contenido. Sonrió, cargó el arma y apuntó a la anciana. Llevó su dedo índice al gatillo, pero un ruido lo distrajo.

SOÑABA LA MARGARITA CON SER ROMERO...

Se escuchó la música a todo volumen que desapareció tras escucharse un fuerte golpe. El atracador se asomó a la puerta del establecimiento y, rompiendo con la desolada zona, un cochambroso taxi había impactado con los pivotes que rodeaban la Alameda.

—¡Yo maldigo la Alameda nueva, la Torre Pelli y el McDonald's del Cristina! —gritó el conductor saliendo del coche—. Todavía no me acostumbro a la Alameda nueva... ¡Cuando era de albero y no tenía tantas tonterías no pasaban estas cosas!

El atracador guardó el pequeño cofre en un bolsillo y, tras soltar un gruñido, ordenó al camarero y a la anciana que se metieran detrás de la barra con los brazos en alto. Acto seguido, se atrincheró tras una mesa.

—¿Qué ocurre? —preguntó en voz baja la anciana.

El camarero hizo una pausa y sonrió.

—Ha llegado el Capitán Adobo.

3

La parte delantera del taxi estaba destrozada y echaba humo. El Capitán Adobo avanzó hasta el quiosco de Los Leones. Hizo el amago de correr, pero el exceso de chicharrones que guardaba su barriga produjo que jadeara al instante. Entró por la puerta del quiosco lo más heroicamente posible y lanzó su frase.

—¡Si en Sevilla hay un crimen o un robo, aquí está el Capitán Adobo!

El atracador miró desde detrás de una mesa con la cara del que ve un nazareno en la playa. El Capitán Adobo vestía con un traje de neopreno carmesí, una capa de lunares, un cinturón de esparto y unos botos rocieros. La cara la tenía cubierta por un antifaz.

—¡Atrás! —gritó saliendo de su atrincheramiento el misterioso hombre—. ¡La avellana es mía y no te la pienso dar!

El Capitán ni se inmutó.

—¿De verdad ha liado todo esto por una avellana? —dijo el superhéroe dirigiéndose a la anciana—. ¿Cuánto valen aquí las tapas, por Dios?

—No, Capitán, es que... —la anciana trataba de explicar la situación, pero el asaltante salió corriendo y placó al Capitán Adobo tirándolo al suelo aprovechando para escapar.

El superhéroe se levantó de un salto y salió del bar. En la pared exterior del quiosco aún estaba la mancha de cerveza de la pelea anterior. La tocó y, haciendo uso de su superpoder que le permitía enfriar la cerveza al grado que quisiera, la congeló. Al instante portaba un *frisbee* de hielo. Lo lanzó y alcanzó la cabeza del fugitivo, que cayó aturdido. Sin embargo, el físico no era el punto fuerte del Capitán Adobo y, en el tiempo de alcanzarlo, ya había recobrado la consciencia.

—Ni se te ocurra tocarme, mamarracho —amenazó apuntando al Capitán con la escopeta.

El hombre se levantó cachazudamente sin dejar de apuntar al superhéroe, que permanecía inmóvil. A medida que se alejaba por los adoquines desiertos de la Alameda se escuchaban cada vez más cerca unas sirenas. Cuando llegó un furgón de la Guardia Civil, el asaltante ya no estaba allí.

—¿Qué ha ocurrido aquí? —preguntó un joven agente nada más bajar del vehículo.

—Poco más y me preguntas cómo ha quedado el Sevilla-Middlesbrough del 2006 —contestó con indiferencia el Capitán—. Hay que llegar antes, que el criminal ha desaparecido más rápido que un aparcamiento en Triana.

—¿Y por qué no lo ha detenido usted, Capitán?

El superhéroe miró incrédulo y continúo ironizando, mientras caminaba hacia el quiosco de los leones con el agente a su lado.

—Es que, mire, le cuento —carraspeó sarcástico—. Una vez, cuando era joven, le quería conseguir un llaverito a una novia bética que yo tenía en el puesto de las escopetillas de la Calle del Infierno. Total, que no daba ni una y me gasté diez mil de las antiguas pesetas hasta que acerté, y cuando me dieron el llavero, junto al escudo ponía «Betis Fútbol Club». Y claro, después de ese tongo le cogí manía a que me apuntaran con una escopeta.

—El sospechoso va armado —dijo el joven agente por un walkie antes de volver a dirigirse al Capitán—. ¿Sabe si es hombre o mujer?

—Creo que hombre, porque iba totalmente *cubrido*.

—Cubierto —corrigió el agente.

—No, no llevaba ningún cubierto, solo amenazaba con la escopeta —añadió con indiferencia el Capitán—. Y si va a preguntarme la edad, no me ha dado tiempo a intimar tanto.

El guardia civil se volvió a dirigir al walkie.

—Varón, edad desconocida, rostro cubrido... —El joven lanzó un suspiro—. Perdón, cubierto.

—Que no llevaba cubierto —susurró el Capitán.

—Búsquenlo por los alrededores de la zona y manténganme informado.

El Capitán Adobo le cogió el walkie al guardia civil y habló por él.

—El tapicero, señora, ha llegado el tapicero. Lo mismo tapizamos en septiembre que tapizamos en enero. El tapicero, el que le tapiza por muy poco dinero.

El agente arrebató el walkie con furia contrarrestando la ligera risa del superhéroe.

—Por favor, es mi primer día patrullando —dijo de forma severa—. Tengo que causar una buena impresión.

—¿Quién es su supervisor?

—El teniente Molina.

El Capitán sonrió por la mención a su mejor amigo.

—¿Y por qué no está aquí con usted?

—Esa misma pregunta me gustaría hacerle a usted —el joven agente hizo una pausa un tanto dramática—. Me dijo que estaría con el Capitán Adobo.

4

La noche comenzaba a refrescar. En una azotea de Sevilla, un hombre fumaba un cigarro con notoria zozobra, pese a estar solo. Mientras oteaba las luces de la ciudad desde su oscura ubicación, una persona con el rostro cubierto apareció detrás. Era el mismo individuo que minutos atrás había atracado el quiosco de Los Leones.

—Jefe —interrumpió risueño—. Lo he conseguido.

El atracador sacó de su bolsillo la caja de madera y se la entregó. En la penumbra se podía visualizar una sonrisa del receptor, que comenzó a reír progresivamente casi de manera demencial. El individuo del rostro cubierto reculó hacia atrás temeroso.

—Jefe, pareces una abuela escuchando un monólogo de Jaimito Borromeo, ¿por qué te alegras tanto?

El hombre alzó su mano izquierda. Portaba un guante de nazareno, magnificado por estar cubierto por una mole de cera blanca, presumiblemente de un cirio. En los nudillos del guante había cuatro huecos sobre la cera con formas diferentes.

—Toma, abre la caja y dame la reliquia de su interior —dijo con el brazo izquierdo en alto y devolviéndole la caja con la derecha.